

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

## SERMON

Para el Domingo X despues de Pentecostés

Duo homines ascenderunt in templum ut orarent: unus Pharisæus, et alter Publicanus.  
Luc., cap. XVIII, v. 19.

Dos hombres subieron al templo á orar: el uno Fariseo y el otro Publicano.

Contiene el Evangelio de este dia una bellísima parábola que muchos tienen por verdadera historia. Dijo la el Salvador para adoctrinarnos á todos en la persona de ciertos hombres erguidos y soberbios, levantados y presuntuosos, confiados en sí mismos y despreciadores de los demas. ¡Hé aquí la parábola! Dos hombres, el uno fariseo y el otro publicano subieron al templo con ánimo de orar. Estando de pie el fariseo oraba de esta manera dentro de su corazon:

TOMO II.

Dios, gracias te doy, porque no soy como los demas hombres, robadores, injustos, adúlteros como este publicano.

Ayúno dos veces á la semana: pago diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano estando lejos no se atrevia á levantar la vista al cielo, sino que hería su pecho diciendo: Dios, muéstrate propicio á mi pecador. ¿Veis que diferencia de conducta? Por eso el publicano volvió á su casa justificado: volvió limpio el que estaba manchado y lleno de luz el que estaba como de asiento en las sombras de la muerte. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado. Es una verdad de fé y una verdad práctica que Dios concede su gracia á los humildes al paso que resiste á los soberbios. Vamos, pues, á considerar la humilde confesion del publicano para imitarla y la soberbia del fariseo para detestarla.

Tenemos á la vista el tipo de la vanidad y de la presuncion. Miradle: esta de pie orando de esta manera: Yo no soy como los demás hombres.

Y quiénes son los demás hombres? Todos, con una sola excepción; el fariseo.

El no es como los demás hombres.

Todos son ladrones, adúlteros, injustos, todos menos él. ¿Puede darse orgullo más repugnante ni vanidad más ridícula que la de este hombre desvanecido dentro de su miserable corazón? ¿Qué modo de orar! «Dios, yo no soy malo como los demás hombres; no soy pecador como este publicano. Ayuno y pago religiosamente los diezmos como manda la ley.» Así habla la soberbia. Se celebra así mismo el hombre vano y denigra á los demás. Semejante oración irrita la justicia de Dios á quien ofende y viola el precepto de amar al prójimo á quien se refiere para señalarlo con nota de infamia. La oración del humilde penetra las nubes y desciende cargada de las bendiciones del cielo. La gracia y la misericordia son los frutos de un corazón contrito y humillado. Pero ¿qué dará Dios al egoísta, al que se ensalza en su presencia y se constituye centro de virtud, de justicia, de integridad, menospreciando á los demás hombres?

¡Ah! no hay gracia para los soberbios en el tesoro de las gracias divinas, en presencia de Dios son abominables, y en presencia de los hombres, no hallarán otra cosa que confusión y vergüenza. Poreso clamaba el Salvador contra los falsos devotos que ven la paja en la vista de los demás y no ven la viga que atraviesa la propia. (1) Era el fariseo de la raza de aquellos que diezmaron la yerba buena, el eneldo y el comino, y dejaban de practicar las cosas más impor-

tantes de la ley, la justicia, la pureza, la rectitud y la misericordia. (1) ¡Ay de vosotros, Escrivas y Fariseos hipócritas! que apartais del vino los mosquitos y os tragais los camellos. Sepulcros blanqueados, fingen humildad, simulan pureza de espíritu, rectitud de intencion, celo ardiente por la gloria de Dios y amor á los hombres cuando interiormente están llenos de vanidad, de egoísmo y corrupción. Guardaros de la levadura de los fariseos modernos, que es la hipocresía. No aman á Dios y desprecian á sus semejantes. Hay en el mundo moderno verdaderos fariseos, imitadores del fariseo retratado tan admirablemente por el inspirado pincel del Evangelista San Lucas.

Procuren ante todo ocultar su hipocresía y malignidad, llamándose tolerantes, conciliadores, amigos de la paz, celosos guardianes de los intereses y prerrogativas de la Iglesia sin embargo de hacer compatibles con ese celo y generosidad la profesión de doctrinas condenadas, sus simpatías hacia los enemigos de la Iglesia y su animosidad traducida en ataques virulentos contra los verdaderos católicos que consagran su palabra y su pluma, sus intereses, sus comodidades su reposo, y hasta su sangre al servicio de la verdad y á la defensa de la perseguida esposa de Jesucristo. Si prestais oído atento á sus hipócritas discursos, ellos son los únicos que tienen aspiraciones laudables, criterio sano y delicados propósitos, y nadie sabe como ellos en qué consiste la felicidad de las naciones y cómo puede alcanzarse. Los demás hombres no son como

(1) Matth. esp. VII.

(1) Ib. cap. XXIV.

ellos, sábios, prudentes, generosos, previsores. Que nadie ose contradecirlos ni arguir de error y de hipocresía sus miras y propósitos. Si levantáis la voz contra estos fariseos envidiosos y descubris sus perfidias; si salís á la defensa de la verdad y de la Iglesia perseguida por la impiedad brutal, ó vendida por la hipocresía farisáica, sereis denunciados ante la opinion pública como temerarios y exagerados, como imprudentes, reaccionarios, intolerantes y fanáticos. Esta escuela funesta, estos doctrinarios hipócritas y orgullosos dicen no ser como los demás y determinadamente dicen no ser como los verdaderos católicos. *Non sumus sicut coeteri homines*. No cabe en el Evangelio esa funestísima escuela. Justa y oportunamente fué condenada por el inmortal Pio IX. El Evangelio es luz doctrina y regla de conducta para todos. Las pasiones, las virtudes, las buenas y malas cualidades de los hombres, como los juicios de iniquidad y de justicia, todo está bosquejado y discernido en el Evangelio. Y tambien está escrito que la humildad, la modestia, los abatimientos, las contriciones y los gemidos no son despreciables en la presencia de Dios que cuenta los latidos del corazón y escudriña los más íntimos deseos y pensamientos. Hablamos con seguridad con el Evangelio.

Y con él afirmamos que ha de llegar su día glorioso á las humillaciones y desprecios sufridos en paciencia y por amor de Dios, y que no ha de faltar su hora de placer al dolor su expansion á latimidez su consuelo y regocijo á los corazones limpios, contritos y atribulados. ¿No está

declarado con sobrada exactitud en la historia del penitente publicano, modelo de humildes y penitentes? Mientras el orgulloso fariseo oraba de pié y hacia su propio panegírico, el publicano, colocado á larga distancia, *á longé stans*, se declaraba indigno de estar en presencia de Dios, ni se atrevia á levantar la vista al cielo, y además heria su pecho, confesando sus pecados y pidiendo fervorosamente misericordia. ¿No veis en este hombre un modelo de humildad verdadera y de una devoción animada del espíritu de verdadera penitencia? Escuchad lo que dice y lo que hace. No pronuncia palabras de censura contra los demás ni hace la apología de sí mismo como el fariseo, sino que clama desde lejos pidiendo misericordia. *Deus propitius esto mihi peccatori*. Y heria su pecho para castigar con golpes sensibles los pecados ocultos en su corazón. ¿Quereis saber la solución de este gravísimo asunto? Pues oidlo para vuestra enseñanza y aprovechamiento.

El humilde publicano descendió justificado y confundido el orgulloso fariseo: Por que, dice el doctísimo y profundo Maldonado, una humildad tan grande no podía menos de alcanzar misericordiosa justificación así como una soberbia como la del fariseo no podía menos de sufrir vergonzosa reprobación. Es ley evangélica, que será enalzado el que se humilla y humillado el que se enalza.

Humillaos vosotros en la presencia de Dios, pedid con humildad y fervor la gracia de la conversión, imitad al publicano que no levantaba la vis-

ta para mirar hácia el arca santa ni cesaba de herir su pecho ni de confesar pecador. Confesad vosotros vuestras culpas, que no hay salud ni vida de gracia ni gloria eterna para los que han pecado, sino muestran misericordia, si no gimen y lloran, si no confiesan humildemente sus pecados y resuelven con firmeza de propósito detestarlos siempre, y huir de los peligros del mundo, así como de la seducción del propio juicio. Tened fé, confiad que con la fé se vence al mundo. Pedid con fé y alcanzareis. Encended vuestro corazón en la lumbre del amor de Dios, servidle con humildad en esta vida y llegareis á ser ensalzados y glorificados en la otra, Amen.

#### LA DOLENCIA EN MI MÉDICO.

Mi médico D. Epifanio era un hombre importantísimo en la ciencia, con un talento colosal y unos conocimientos estupendos. Era todo lo que se llama un doctor de campanillas; pero, amigo, tenía la desgracia de que las campanillas; no sonasen á la mejor ocasión. Digo esto porque al doctor se le podía hablar de todo, ya fuese de Letras, ciencias, artes ú oficios, y en todo era un sábio consumado; pero en hablándole de Dios ya no era más que un pobre diablo. El orgullo fíloxera del talento, se le subía á la cabeza, y como esa enfermedad lo primero que ataca es á la vista, se ponía tan ciego que á cada paso tropezaba consigo mismo.

Yo no se por qué (cosas de ciegos) se había empeñado en sostener que

los hombres, para ser perfectos, para ser virtuosos, para ser felices; no necesitan sujetar sus pasiones á la ley de Dios, ni para sujetar sus pasiones á la ley de Dios, necesitan los auxilios de la religion, único arsenal donde se encuentran armas contra tales enemigos. Nada de eso. El doctor se empeñaba en que el individuo era un ser perfilado y acabado, hecho por la naturaleza para vivir bien y gozar mejor, y que para conseguir este fin sólo necesitaba libertad, más libertad y remuchísima libertad. De manera que si el hombre padecía en este mundo era por falta de libertad; si no era dichoso, era por falta de libertad; si cometía crímenes, era por falta de libertad; y hasta si le dolían las muélas, era por falta de libertad (segun el doctor.)

Para demostrar esta tésis, nuestro hombre sacaba á relucir acto continuo aquellos argumentos tan conocidos en los cafés y mesas de fonda, en los que el antiguo fanatismo religioso, el antiguo despotismo, la antigua ignorancia y demás cosas antiguas hacen el gasto á falta de mejores razones, y enseguida empezaba á tronar contra los Reyes, los Papas, los frailes, los legisladores, y últimamente contra la sociedad entera, que segun él, debía ponerse en remojo hasta deshacerse y confeccionar él con la pasta otra de su exclusiva invención.

Hay que advertir que, á pesar de estas doctrinas, y no obstante de que el buen doctor, gracias á sus influencias y dinero, gozaba, no sólo de la libertad suya, sino aun de la ajena, resultaba tan desdichado como cualquiera otro mortal. No pasaba día

en que no se me quejase de su mujer, de sus hijos, de sus criados y hasta de sí mismo. Su vida, no muy buena por cierto, era un continuo disgusto.

No hay que decir que, en cuanto el doctor me venia con lamentos, ya estaba arinada la polémica.

—¿Cómo quiere V. vivir tranquilo —le decía yo— cómo quiere V. gozar de paz en sí mismo, en su casa y en su familia; cómo quiere V. que sus hijos salgan bien educados y den buen fruto, si cada uno vive como quiere y nadie quiere vivir como Dios manda? Desengáñese V., doctor, el hombre no es una máquina á la que basta dar cuerda para que marche bien. Por el contrario, es un ser libre, y por lo mismo que es libre y puede ir por donde quiere, tiene que mirar bien por donde vá y sujetarse á la ley de Dios para saber que va bien. Y pregunto yo, doctor: ¿quién puede conocer esa ley santa fuera de la religion revelada?

—Para esto está la razon—me contestaba el doctor.

—¿La razon? Buena anda la tal señora. Con razon y todo quise yo ir un día á un pueblo cercano, y por meterme á vachiller y guiar el jaco á mi antojo, aun estoy á estas horas dando vueltas por esos caminos de Dios, si no encuentro un paletó que me enseñase el de mi casa. Y bien, amigo; si para camino tan corto y sencillo como el que lleva á casa no basta la razon; cree V. que puede bastar para el tan largo y difícil de la vida, que sólo Dios sabe á dónde lleva?

Aquí el doctor me volvía la espalda hasta otro día, que volvía á empezar la disputa.

La verdad es que el doctor me molía de lo lindo.

Pero ¡ay de él! Llegó un día y me las pagó todas.

Caí enfermo, soy aprensivo, tuvo que curarme, y no digo más.

Mi enfermedad procedía de ciertos excesos de trabajo que habian dado con mi cuerpo en tierra.

Se me habia desconcertado el estómago, los nervios, la cabeza, con no sé cuántas cosas más, y este desconcierto hacia que yo desconcertase al doctor, apurándolo á cada minuto con mis eternas consultas.

Lo peor de todo era que, despues de tantas consultas, tiraba las recetas por la venta para volver á consultarle de nuevo.

—Doctor, yo no puedo vivir. Yo tengo la médula alterada.

—Hombre, vaya V. á paseo; ¿qué médula ni que ocho cuartos! Usted lo que tiene es necesidad de ordenar sus trabajos y arreglar sus comidas. Coma V. á tal hora, beba V. á tal hora, trabaje V. á tal hora, y con esto y tomar tal medicina, aseguro á V. que se pondrá bueno.

Enseguida el doctor me estendía la receta, iba él mismo á la botica, presenciaba su confeccion, me metía el medicamento en el bolsillo y me encargaba la puntualidad.

Yo llegaba á casa, dejaba el medicamento sobre una mesa, no volvía á acordarme de él, continuaba comiendo lo que me agradada y al día siguiente volvía á casa del doctor á quejarme de la médula.

Cierto día el doctor se incomodó y me habló claro.

—¿De qué se queja V., loco inaguantable? ¿Cómo quiere V. gozar de

salud si, lejos de seguir las prescripciones de la higiene, sigue V. los caprichos de su antojo?

—Le diré á V. doctor—contesté. —El hombre es un ser perfecto, dotado de razon y de libertad, y sólo necesita poner expeditas esas facultades para restablecer su órgano.

Eso es un disparate —replicó el doctor comprendiendo la alusion.— Las ciencias médicas tienen sus leyes, y si el hombre, usando mal de su libertad, las infringe, con libertad y todo dá un reventón.

—Pues aplique V. el cuento, doctor—dije yo asiéndome del argumento.—La moral tiene sus reglas eternas; y si el hombre, usando mal de su libertad, las quebranta, con libertad y todo, no solo se revienta á sí mismo, sino que revienta á los demas.

—¿Y qué quiere V. decir con eso?

—Quiero decir que ni la libertad por sí sola, ni la razon por sí sola, pueden curar los males del hombre y de la sociedad. Más claro: que querer arreglar el mundo dejando á la razon y á la libertad hacer su capricho, es lo mismo que querer curarme yo la médula tirando las recetas de V. por la ventana.

—Eso es un sofisma—dijo el doctor un poco aturdido.—En el orden de la higiene, la verdad es bien conocida y debe seguirse.

—Pues en materia de religion es más conocida aún y debe practicarse.

—Las verdades científicas—replicó el doctor—se prueban por la experiencia, y nadie tiene derecho á dudar de ella sin acreditarse de loco.

—¿Y qué otra cosa que loco puede llamarse al que duda de las verdades religiosas, que desde que el mundo es mundo están acreditándose por la experiencia de todos los pueblos, de todas las familias y de todos los hombres? ¿Quién ignora ya, á no ser los sábios del día, que los hombres, las familias y las naciones han sido más felices ó más desgraciadas, más humanas ó más crueles, más civilizadas ó más salvajes, segun se han aproximado ó separado del Evangelio de Jesucristo, que es la luz, el camino, la verdad y la vida?

Y si esto es así, porque así lo confirma la historia de diez y nueve siglos, ¿quién que no sea un sábio del siglo XIX, es decir un sábio de cartulina, se atreverá á sostener que la salvacion del hombre y de la sociedad estriba únicamente en la *libertad de separarse* de aquello que precisamente es capaz de salvarla? Aboguem por la libertad doctor, pero por la libertad de ir hácia la luz hácia el bien, hácia adelante: porque la libertad de ir hácia el mal, hácia las tinieblas, en una palabra, la libertad de ir hácia atrás solo es libertad propia de cangrejos, no de hombres á quienes fué dado conocer la verdad y amarla.

Aquí callé yo y el doctor calló tambien.

Pasó mucho tiempo, y en ese tiempo pasaron por el doctor muchas penas y muchas amarguras; y como yo era su verdadero amigo, no pudo menos un día de abrirme su pecho para contármelas.

No bien lo oí, comprendí que era momento oportuno y volví á hablarle de mi médula.

El golpe hizo su efecto. El doctor había comprendido mi recuerdo. Me tendió los brazos, y dejando rodar una lágrima por sus mejillas.

—Es cierto, amigo mío—me dijo.—En el mundo de la materia, como en el mundo del espíritu, no puede el hombre apartarse de la ley de Dios sin labrar su propia ruina; bien me lo ha enseñado la experiencia.

En efecto, el doctor, á la manera que otro San Pablo, había sido derribado primero y convencido después.

Las penas, que son unos maestros caros, pero seguros, le habían enseñado que sólo en el cumplimiento de las divinas leyes está la salvación de los hombres, y que la libertad de ir contra esas leyes, en vez de libertad, sólo es un suicidio.

(*La Lectura popular*).

### EL QUEBRANTAMIENTO DE UN VOTO.

En el año de 1720 tuvo lugar en Marsella un acontecimiento cuyo recuerdo aun conmueve los corazones católicos, y es un testimonio rendido á la devoción del sagrado Corazón de Jesús. La peste asolaba á esta populosa ciudad, y Francia entera estaba sumida en las más crueles alarmas. Los nobles y los ricos habían huido; muchas de sus autoridades la habían también abandonado, olvidando los sagrados deberes. El Parlamento de Provenza hizo cerrar las puertas de la ciudad y conminó con la pena de muerte á los que traspasasen sus muros. El mismo Parlamento, después de este acto de autoridad,

se retiró del azote y se trasladó á la ciudad de Aix. El único que permaneció firme en su puesto fué el obispo Enrique Belzunce, quien invitado antes de la fatal medida del cordón sanitario á abandonar la ciudad como las autoridades civiles, contestó: *Dios me guarde de abandonar á mi pueblo. Debo mi vida á mis ovejas, puesto que soy su pastor.* Se encerró en esta ciudad, donde el mal hacia horribrosos estragos, y así permaneció cerca de dos años. Durante mucho tiempo se contaban por miles las víctimas, y los cuerpos privados de sepultura cubrían el pavimento de las calles. El miedo al contagio quitaba las fuerzas á los sentimientos de afecto que la naturaleza ha grabado más profundamente en los corazones, y, según relación del ilustre Obispo, casi todos los enfermos se veían arrojados de sus casas. Los hijos abandonaban á los que les habían dado el sér; los padres alejaban de sí á sus propios hijos. En los extremos de las calles y en las plazas públicas se veían mezclados cadáveres y moribundos. En medio de estas espantosas escenas, el Obispo se abría paso por entre los cuerpos de los apesadados llevando el Santísimo Sacramento y dando á los moribundos la Santa Unción.

Su clero le secundó noblemente, como siempre hace el clero católico. *Doscientos cincuenta sacerdotes, tanto seculares como regulares, sucumbieron víctimas de la caridad.* El Obispo entró un día en un convento de Franciscanos implorando el socorro de estos religiosos. Estaban en el refectorio cenando, y en el momento en que el Guardian les mani-

festó que podían acudir al llamamiento, todos, hasta los novicios más jóvenes, se pusieron á disposición del prelado, y muy pronto murieron veinte y seis víctimas de su amor á Dios y á los hombres. El buen Obispo tuvo la inspiración del cielo de consagrar la diócesis de Marsella al sagrado Corazón. Silenciosas las campanas hacia más de cuatro meses, sonaron de nuevo el 4 de Noviembre para reunir á los fieles. El Obispo acompañado de su clero se adelantó descalzo con una cuerda al cuello hácia el altar colocado al aire libre, y despues de celebrar la Misa, *leyó públicamente el acto de reparación al sagrado Corazón de Jesús*. Desde este momento el número de los muertos fué cada vez menor, y la peste al poco tiempo desapareció por completo. A pesar de las revoluciones por que ha pasado Francia, todos los años se renovaba la consagración de la ciudad al Corazón de Jesús, según voto del Ayuntamiento, hasta el año pasado en que la impía Corporación popular de Marsella acordó suprimir la fiesta.

El cólera que hoy aflige con tanta intensidad á ese pueblo ¿no podría ser un castigo por haber sus representantes renegado del amoroso Corazón?

---

### PENSAMIENTOS.

---

Dichosas las naciones cuya historia hace dormir!

*Campoamor.*

La ingratitud á los beneficios de Dios es la fuente mas copiosa de nuestras desdichas.

¿Sabeis quien es el padre de la gloria y de la felicidad? El trabajo.

*Eurípides*

---

### VARIETADES.

---

El coronel americano Mr. Geo Blas acaba de combertirse al catocismo en los Estados Unidos. Es conversion débese en gran parte á la esposa del coronel, que es católica y á los consejos y persuasión de Ilma Sr. Obispo Mons Capel, ante quien abjuró sus errores protestantes.

El Padre Santo ha confirmado con su autoridad apostólica la sentencia de la Sagrada Congregación de Ritos, declarando auténticas las reliquias del glorioso Patron de España, Santiago el Mayor, encontradas debajo del abside de la catedral de Compostela.

¡Qué vergüenza tendrán en el día de la cuenta los que, pretextando la falta de edad, de instrucción ó de fuerzas, dejan de hacer muchas cosas que deben y pueden, pues á nadie pide Dios cosas imposibles! ¡Niños heroicos! ¡De la escuela al cielo, pasando por el martirio! Fuisteis más sábios y valerosos que el injusto Juez, y que otros muchísimos que abusan de la edad, de las fuerzas, del talento, de la hermosura, de las riquezas y demás dones de Dios para ofender al mismo Dios con ellos.